



Sir John Millais pintó este famoso retrato de Juan Henry Newman con su vestimenta de cardenal en 1881, dos años después de que Newman fue nombrado al Colegio de Cardenales por el Papa León XIII.

EL CORAZÓN HABLA AL CORAZÓN

UNA CARTA PASTORAL DEL OBISPO JOHN O. BARRES
AL PUEBLO DE DIOS EN LA DIÓCESIS DE ROCKVILLE CENTRE CON
MOTIVO DE LA CANONIZACIÓN DE SAN JUAN HENRY NEWMAN

QUERIDOS AMIGOS:

La Carta a los Hebreos relata un hecho glorioso y consolador: “Estamos rodeados de una gran nube de testigos” (12:1). En nuestro viaje al cielo, Dios, el dador de todo bien, nos permite la comunión con los santos que nos han precedido y ahora viven con él para siempre. Él nos ofrece amistad con los santos.

El año pasado, en la época de su canonización, les escribí sobre San Oscar Arnulfo Romero, un nuevo amigo de Dios en el cielo. Juntos, vimos a este santo mártir-Arzbispo de San Salvador que hizo el sacrificio sagrado de su vida mientras celebraba el Santo Sacrificio de la Misa. Estoy agradecido por las maneras en que hemos permitido que su vida luminosa fomente nuestra participación diaria en el Misterio Pascual de Cristo.

En estos días, la Iglesia universal se está preparando para la canonización de otro santo de Dios, el Cardenal Juan Henry Newman. Este inglés del siglo diecinueve, un buscador de la verdad, clérigo anglicano, predicador en la Universidad de Oxford, destacado intelectual, talentoso escritor, convertido al catolicismo, sacerdote católico y cardenal de la Santa Iglesia Romana, será elevado a los altares el 13 de octubre de 2019 y declarado santo. Pronto

su vida santa y su virtud heroica serán sostenidas por la Iglesia, y otro amigo de Dios estará cerca de nosotros.

A medida que se acerca la ocasión de su canonización, deseo destacar a este santo moderno y ofrecer seis lecciones de su vida. Sin embargo, primero me gustaría recordar el don de los santos y reflexionar sobre la santidad de esa “gran nube de testigos”.

I. EL DON DE LOS SANTOS

Como católicos, nos regocijamos en los santos. Ellos son nuestros héroes. Desde los primeros seguidores de Cristo hasta los santos viajeros de las últimas décadas: desde San Pedro y Santa María Magdalena a través de los siglos hasta Santa Gianna Molla y San Juan Pablo II, celebramos lo que Dios ha logrado en sus hijos e hijas. Nos deleitamos en su cercanía porque, como decimos en la Misa, “su gran ejemplo nos da coraje, sus fervientes oraciones nos sostienen en todo lo que hacemos”.¹

¿Pero quiénes son los santos? Los santos son hombres y mujeres comunes que vivieron de manera diferente. Vivieron la gracia de su bautismo al máximo. Apoyados por los sacramentos, guiados por la Palabra de Dios y fortalecidos en la oración, respondieron plenamente al llamado ascendente

durante su peregrinación terrenal (Fil. 3:14). En todas las circunstancias, aprendieron a permanecer en una profunda intimidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y así, a lo largo de sus vidas, se transformaron. Se hicieron santos.

El Papa Benedicto XVI nos recuerda, y esto es crucial que la santidad “no consiste en llevar a cabo empresas extraordinarias, sino en estar unidos con Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestro su ejemplo, sus pensamientos, su comportamiento”.² La santidad de los santos, por lo tanto, reside principalmente en su ser y no en su hacer. Es posible que hayan logrado grandes cosas, y muchos lo hicieron, pero su santidad se deriva de ser dóciles a Cristo y de permitirle vivir completamente en ellos (cf. Gá. 2:20).

Algunos podrían pensar que tal transformación roba la libertad de una persona o atrofia su alegría. Sin embargo, como señala el Papa Francisco y lo demuestra el testimonio de los santos, ocurre todo lo contrario. En lugar de disminuir la vida, la santidad hace a una persona “más viva, más humana”.³ De hecho, volverse más cristiano solo profundiza y expande la energía, la vitalidad y la alegría de una persona, al él o ella descubrir, en palabras de San Juan Pablo II, “La grandeza, la dignidad y el valor que pertenecen a su humanidad”.⁴

Tal crecimiento en santidad ciertamente exige una relación personal con el Señor, pero no es una mera experiencia privada. Para el santo, no puede haber un momento “yo y Jesús” indiferente a la comunidad en general. Por el contrario, la amistad con Cristo amplía la relación de un santo con sus hermanos y hermanas.⁵ Así, los santos, cada uno a su manera y cada uno en su propio tiempo y lugar, se convirtieron en una fuerza transformadora para el bien en el mundo. Se convirtieron en heraldos proféticos del gozo, la misericordia y la presencia sanadora de Cristo en sus pensamientos, palabras y obras. Solo necesitamos considerar los ejemplos de nuestros santos estadounidenses para verificar esta declaración. Piense en el trabajo de Santa Isabel Ann Seton en nombre de la educación, el amor de San Juan Neumann por las comunidades inmigrantes de Filadelfia, o el trabajo de Santa Marianne Cope entre los leprosos de Hawaii. La intimidad radical con Dios no los eliminó del mundo. Más bien, alimentó su caridad y su vida de entrega personal inspirada en Mateo 25.

Tenemos el don de los santos, y ahora tenemos el don de un nuevo santo, otro amigo de Dios, Juan Henry Newman, cuya vida puede inspirarnos y enseñarnos hoy.

II LA VIDA DE SAN JUAN HENRY NEWMAN

La vida de Juan Henry Newman fue tan dramática como los tiempos en que vivió. Nacido en Londres el 21 de febrero de 1801, vivió durante la mayor parte del siglo XIX, hasta su muerte en Birmingham, Inglaterra, el 11 de agosto de 1890. Este período de su vida incorporó una época de inmensa innovación y cambio para su patria Inglesa. Pensemos en las clases de historia recibidas: Newman observó el desarrollo de la Revolución Industrial y los cambios sociales que generó. Sus casi noventa años de vida fueron testigos de descubrimientos científicos, avances tecnológicos, mejoras en la comunicación y nuevas formas de transporte. Además, vivió en medio de nuevas ideas intelectuales. Newman vio lo bueno que representaban estas innovaciones y enfrentó los nuevos problemas que planteaban. Todo esto lo hace, como señaló el Papa Benedicto XVI, “sobre todo un hombre moderno, que vivió todo el problema de la modernidad”.⁶

Sus primeros años los vivió en Londres, y allí, en el seno familiar, se dieron los inicios de su fe cristiana. Newman fue bautizado como anglicano el 9 de abril de 1801. A medida que crecía, su madre y su abuela le enseñaron el catecismo de esa Iglesia. Con el tiempo, pudo leer las Escrituras él mismo, algo que le dio “gran deleite”, según lo relata en su clásica autobiografía espiritual, *Apología Pro Vita Sua*. Aunque conocía bien la Biblia y entendía su catecismo, Newman luego sostuvo que “no tenía convicciones religiosas formadas” a esta temprana edad.⁷

Era muy inteligente y, alrededor de los catorce años, después de leer filósofos como Voltaire y Hume, cuestionó la fe. Él estaba buscando. Como relata el Papa Emérito Benedicto, “al identificarse con sus objeciones a la religión, [Newman] se volvió hacia una especie de deísmo, de acuerdo con las tendencias humanistas y liberales de la época”.⁸ Pero esto pronto iba a cambiar. Cuando tenía quince años, experimentó una conversión poderosa. Como explicó Newman, “se produjo un gran cambio de pensamiento en mí. Caí bajo las influencias de un Credo definido, y recibí en mi intelecto impresiones del dogma, que, por la misericordia de Dios, nunca han sido borradas u oscurecidas”.⁹ A esa edad, Newman llegó a conocer la verdad de la religión revelada. Creía firmemente que Dios se dio a conocer en Cristo y en su Iglesia, y desde ese momento, mientras buscaba al



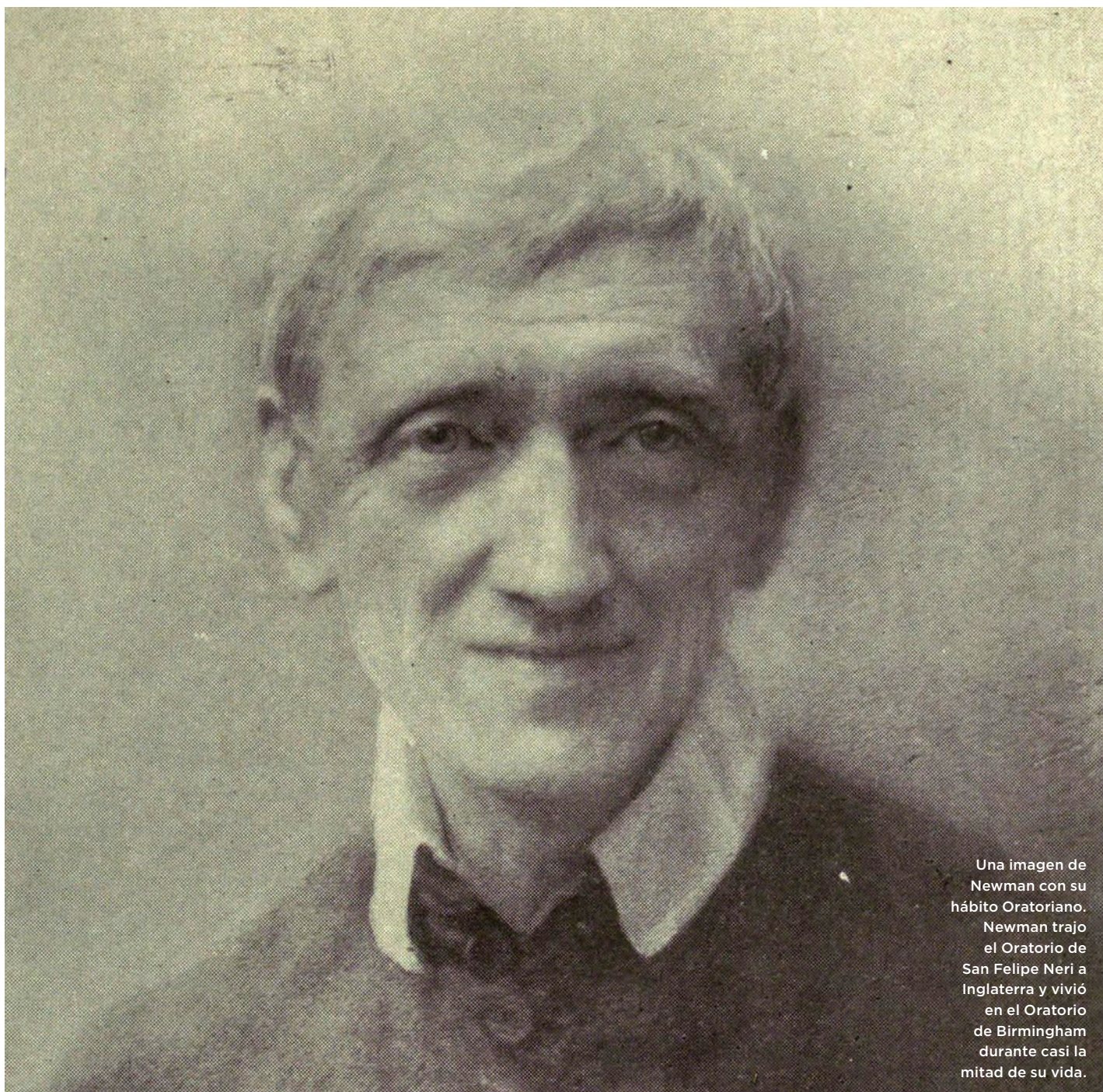
Una pintura del sacerdote pasionista ahora beato Dominic Barberi, un incansable misionero en Inglaterra, que recibió a John Henry Newman en la Iglesia Católica el 9 de octubre de 1845.

Señor, su vida tenía “un nuevo horizonte y una dirección decisiva”.¹⁰

Poco después de su conversión, dejó Londres para ir a Oxford. El pueblo y la universidad serían su hogar durante las siguientes tres décadas de su vida. Allí, Newman abrazó por completo a la Iglesia Anglicana de su bautismo y, con el tiempo, percibió un llamado al ministerio. Tras su ordenación a los veinticuatro años, sirvió a la comunidad universitaria en varios roles hasta su nombramiento como Vicario de la Iglesia Universitaria de Santa María la Virgen en 1828. En el púlpito de esa iglesia, en el corazón de Oxford, Newman ganó renombre por su predicación. Su erudición y su fe se

mostraron en sus sermones, que atrajeron a personas de todas partes y aún se leen hasta el día de hoy.

A lo largo de estos años en Oxford, su corazón seguía buscando la verdad: la verdad que lo convocó a los quince años. Newman participó en los debates y conversaciones religiosas de la época, especialmente dentro del Anglicanismo. Fue un miembro influyente del Movimiento de Oxford, un grupo de anglicanos preocupados por la influencia del gobierno secular en su Iglesia, interesados en sus orígenes apostólicos y abiertos a imbuir su religión con formas de culto más antiguas. Durante este tiempo, Newman quedó absorto con los primeros años de la historia de la Iglesia y comenzó a



Una imagen de Newman con su hábito Oratoriano. Newman trajo el Oratorio de San Felipe Neri a Inglaterra y vivió en el Oratorio de Birmingham durante casi la mitad de su vida.

leer a los Padres de la Iglesia. Pronto estaría “profundamente inmerso en la historia”¹¹ y ansioso por explorar la Iglesia Católica porque cuanto más leía de la Iglesia antigua, más veía su presencia continua en la Iglesia de Roma en lugar de en la Iglesia de Inglaterra. Amaba a la Iglesia Anglicana y la vida que envolvía su asociación con ella: su ministerio, numerosos amigos, su amado Oxford, pero se sintió llamado a investigar el catolicismo más profundamente.

A medida que su inclinación hacia el catolicismo se intensificó, se retiró a Littlemore, un pequeño pueblo en las afueras de la ciudad universitaria. Allí, durante cinco años, vivió una vida casi monástica de oración, estudio y contemplación. Este tiempo de gracia lo preparó para el momento en que, en palabras de San Juan Pablo II, “después de largas y meticulosas investigaciones históricas y después del sufrimiento interior, se vio obligado por la evidencia de las pruebas de abrazar el catolicismo y entrar en la Iglesia de Roma”.¹² Ese día llegó el 9 de octubre de 1845, cuando Newman fue recibido en la Iglesia Católica por el ahora beato Dominic Barberi, un sacerdote pasionista y celoso misionero en Inglaterra.

Poco después de su conversión, Newman fue enviado a Roma para prepararse para el sacerdocio. Después de su ordenación como sacerdote católico el 30 de mayo de 1847, el padre Newman regresó a Inglaterra, donde pronto estableció un Oratorio de San Felipe Neri en la ciudad industrial inmigrante de Birmingham, lejos de Londres y Oxford. Según *The Times of London*, “No podría haber una prueba más fuerte de sinceridad, o una mayor prueba de devoción, para un gran teólogo y erudito que el renunciar a Oxford y Littlemore, y enterrarse en la multitud, el humo y el estruendo de un gran centro de fabricación”.¹³ Pero Newman hizo exactamente eso, y allí él y sus compañeros oradores se comprometieron a trabajar pastoralmente en su iglesia parroquial, escuela de oratoria y en ministerios en toda la bulliciosa ciudad. En Birmingham, Newman era sacerdote. Celebraba los sacramentos, predicaba la Palabra de Dios, servía a los pobres, visitaba a los enfermos y cuidaba a los encarcelados. A excepción de los tiempos de viaje en los años siguientes, especialmente cuando fue nombrado primer Rector de la Universidad Católica de Irlanda en 1851, una posición desafiante que mantuvo durante unos años. Esta estructura comunitaria estable fue el hogar por el resto de su vida y le proporcionó un lugar para crecer en santidad y ejercer su ministerio sacerdotal. Newman y el Oratorio son inseparables. Su capilla privada y su estudio en el Oratorio, conservado hasta el día de hoy, indican cómo pasó sus décadas en Birmingham, mayormente, en oración y trabajo intelectual. Este fue el “servicio definitivo” que ofreció a Dios.¹⁴

En 1879, Newman fue nombrado cardenal por el Papa León XIII. Con este gesto el Papa reconoció sus contribuciones a la teología y la vida de la Iglesia, y reivindicó a Newman, quien había sido mal entendido o vilipendiado por muchos después de su conversión.¹⁵ Como dijo el propio Newman, el “acto del Papa fue un reconocimiento de mi celo y buen servicio durante tantos años en la causa católica”.¹⁶ Los últimos años de su vida los pasó con mala salud, siendo atendido por sus hermanos Oratorianos, hasta que él fue llamado a la casa del Padre. El funeral del cardenal Newman atrajo a casi 20,000 personas, incluidos muchos católicos locales de clase trabajadora que apreciaron su amabilidad y su vida santa. Fue enterrado en el cementerio del Oratorio, donde descansó hasta poco antes de su beatificación en 2010. Hoy, su santuario, tranquilo y digno como el propio Newman, se encuentra en la Iglesia del Oratorio de la Inmaculada Concepción en Birmingham.

III. SEIS LECCIONES DE LA VIDA Y EL PENSAMIENTO DE SAN JUAN HENRY NEWMAN

El Cardenal Newman es admirado como un maestro del idioma Inglés. Las antologías de la literatura Inglesa a menudo incluyen extractos de sus escritos más famosos. Escribió exquisitamente, y extensamente. Solamente la colección de su correspondencia abarca treinta y un volúmenes. Cuando consideramos sus sermones, ensayos, libros, novelas, escritos devocionales, himnos y poemas, la producción literaria es enorme. Fue prolífico. Su vida y sus escritos han inspirado a muchos estudiosos. Abundan los libros sobre él. Como el Cardenal Avery Dulles señaló graciosamente: “Muchos cientos de volúmenes sobre Newman pesan en los estantes de nuestras bibliotecas, y la cantidad aumenta año tras año”.¹⁷ Mi intención aquí no es resumir los escritos de este santo que pronto será canonizado - una tarea imposible - ni duplicar ideas y contribuciones hechas en esos muchos libros. Más bien, deseo destacar seis lecciones de su vida y pensamientos dignos de nuestra imitación y recuerdo. Permítanme comenzar con tres lecciones de su vida espiritual, donde podemos encontrar en Newman a alguien que buscó la verdad, sufrió por su fe y compartió a Cristo.

Lección Uno: Busca la Verdad

El Cardenal Newman buscó la Verdad - Dios - a lo largo de su vida. Recientes Papas destacaron esta dimensión de “búsqueda” de Newman. San Pablo VI habló del corazón de Newman como “dedicado a la luz de la verdad”.¹⁸ San Juan Pablo II lo llamó un “peregrino de la verdad”.¹⁹ Y el Papa Emérito Benedicto XVI, que

beatificó al Cardenal, señaló su “viaje de obediencia a la verdad, a Dios”.²⁰ Estas descripciones acertadas subrayan la vida de Newman como un movimiento hacia el Todopoderoso. Desde el momento de su primera conversión a los quince años, cuando se sintió abrumado por la existencia de un Dios vivo, Newman buscó la verdad. Lo llevó a abrazar completamente su fe anglicana y eventualmente a ingresar a la Iglesia Católica. Cada paso de su vida, trascendental o pequeño, muestra a Newman siguiendo la verdad tal como esta lo impulsó.

Precisamente al buscar y seguir la Verdad – Dios – más que a sí mismo, Newman creció en santidad. Según el Papa Emérito Benedicto XVI, en el firme viaje de Newman encontramos su “mensaje espiritual básico, [que] testifica que el camino hacia el conocimiento no es la retirada hacia el “yo”, sino la apertura, la conversión y la obediencia a Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida.”²¹ A través de su ejemplo, vemos nuestra obligación de buscar la Verdad en nuestras vidas. Especialmente “en nuestros días, cuando un relativismo intelectual y moral amenaza con minar los cimientos de nuestra sociedad, Newman nos recuerda que, como hombres y mujeres hechos a imagen y semejanza de

Dios, fuimos creados para conocer la verdad, para encontrar en esa verdad, nuestra máxima libertad y el cumplimiento de nuestras más profundas aspiraciones humanas “.²²

Lección Dos: Prepárate para Sufrir por la Verdad

Juan Henry Newman sufrió por perseguir la verdad. Aunque para el que no le conoce su tranquila vida de estudio, oración y ministerio puede parecer sin incidentes, el Cardenal Newman cargó la cruz como todos los seguidores del Señor (cf. Lc. 9:23). De hecho, como dijo San Juan Pablo II, su “búsqueda estuvo llena de dolor”.²³

La conversión de Newman al catolicismo resultó ser una cruz especialmente difícil de soportar debido a la pérdida que conllevó. La Iglesia Católica en Inglaterra en la que ingresó en 1845 estaba en las afueras de la sociedad victoriana. Los católicos eran pocos y distantes, incluso con los inmigrantes Irlandeses comenzando a aumentar su número, la Iglesia todavía estaba encontrando su lugar en la sociedad tres siglos después de que Enrique VIII se separó de Roma y estableció la Iglesia de Inglaterra. La Ley de Ayuda



Una vista de Oxford, Inglaterra en 1832, como habría aparecido en los días de Newman. La torre de Santa María la Virgen, la iglesia donde Newman ganó renombre por su predicación, está en el centro de la escena..



Una estatua de Juan Henry Newman fuera del Oratorio de Londres en Londres, Inglaterra. Newman, vestido como cardenal, sostiene un libro, un signo de su aprendizaje, y mira a Roma.

gettyimages®
AmandaLewis

Católica Romana del Parlamento de 1791, seguida de otra ley en 1829, comenzó a normalizar lentamente la vida de los católicos, pero las cosas aún estaban lejos de ser normales. Al unirse a una Iglesia así, considerada socialmente extraña, cuestionable en su lealtad y extraña en sus creencias, Newman perdió muchos amigos, así como su posición en Oxford. Esto le ocasionó desaires. En una novela publicada poco después de su conversión, *Loss and Gain: The Story of a Convert*, un cuento ficticio, aunque difícil de verlo como autobiográfico, Newman dice del personaje principal, quien acaba de ver de nuevo las torres de Oxford: “cual fuera lo que iba a ganar al convertirse en católico, esto lo había perdido; cual fuera lo que fuera a ganar más y mejor, al menos esto nunca podría volver a tener. No podría tener otro Oxford, no podría tener los amigos de su niñez ni los amigos de su época de su juventud”.²⁴ Uno siente el peso de la decisión de Newman de convertirse en esas palabras. ¿Por qué soportaría tal pérdida? La respuesta es simple. La verdad se había apoderado de él y estaba dispuesto a sacrificarse por ello. Una vez consciente de la veracidad de las afirmaciones de la Iglesia Católica, nada podría impedir que se convirtiera.

Lamentablemente, además de perder mucho en el momento de su conversión, Newman también enfrentó malentendidos y dificultades entre su nuevo redil católico en los años siguientes. Algunos miembros envidiaban sus dones o desconfiaban de sus ideas teológicas. Su vida no fue fácil. En 1863, escribiría: “Como protestante, sentía que mi religión era triste, pero no mi vida, como católico, mi vida es triste, no mi religión”.²⁵ Sin embargo, a pesar de todas las dificultades de la vida, Newman perseveró. Estaba decidido a adherirse a la verdad que lo llamaba y, en silencio, llevó su cruz. Estamos llamados a buscar la misma verdad, y el valiente ejemplo de Newman nos inspira a hacerlo sin importar el costo.

Lección Tres: Comparte la Verdad

Como todos los discípulos, Newman fue llamado a cargar su cruz, y como todos los discípulos, fue llamado a compartir su fe (cf. Mt. 28:19). Newman entendió esto fácilmente. Sabía que su relación permanente con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tenía que proyectarse a los demás. La verdad que lo cautivó tuvo que ser compartida. Por supuesto, Newman evangelizó a través de sus escritos, que alcanzaron una gran multitud, pero su enfoque principal para compartir el Evangelio se centró en el individuo. Cuando fue nombrado al Colegio de Cardenales, eligió un lema revelador: *cor ad cor loquitur*, que traducido significa “corazón habla

a corazón”. Quizás esta frase, tomada de los escritos de San Francisco de Sales, resume mejor su método de evangelización. Como dijo San Juan Pablo II, el gran heraldo de la Nueva Evangelización, “para el cardenal Newman, fue la influencia individual, ‘hablar de corazón a corazón’ la forma más efectiva de impartir el Evangelio y formar a toda la persona, corazón, mente y conciencia.”²⁶

Al principio de su vida, Juan Henry Newman reconoció este poder de influencia personal. En un sermón predicado en 1832, observó que “los hombres se persuaden ellos mismos, con poca dificultad, para burlarse de los principios, ridiculizar libros, jugar con los nombres de los buenos hombres; pero no pueden

soportar la santidad encarnada en forma personal, a la cual no pueden enfrentarse y resistir constantemente”.²⁷ El Papa Emérito Benedicto XVI subrayó la correlación de la santidad personal y la evangelización de Newman la noche anterior a la beatificación del Cardenal. El Papa Emérito dijo: “[Newman] vio claramente que no aceptamos tanto la verdad en un acto puramente intelectual sino que la abrazamos en una dinámica espiritual que penetra el núcleo de nuestro ser. La verdad se transmite no solo por la enseñanza formal, por importante que sea, sino también por el testimonio de vidas vividas en integridad, fidelidad y santidad”.²⁸

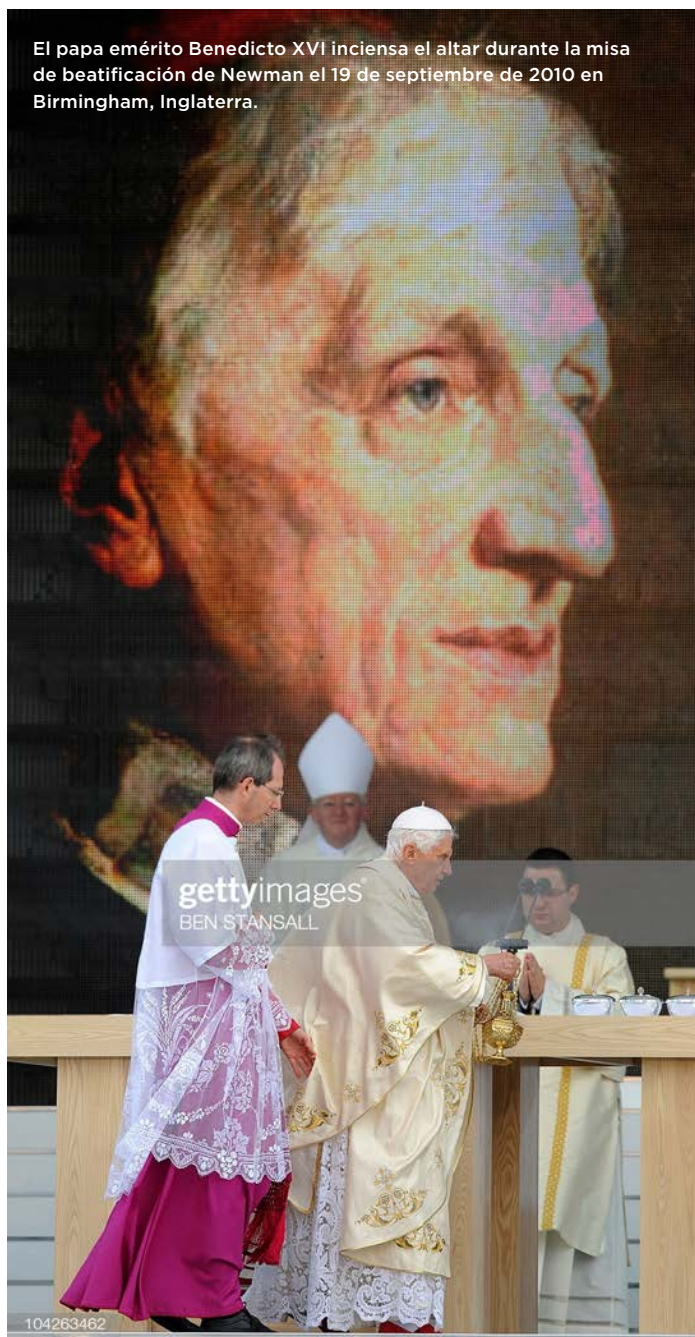
El cardenal Newman reconoció la importancia de la influencia personal, y la vivió. Newman se interesó en otras personas y compartió voluntariamente su vida, su pensamiento y su fe. Abrió su corazón en amistad y florecieron los lazos. Sus amigos lo visitaron constantemente a lo largo de su vida, especialmente en el Oratorio, y como lo atestiguan sus casi veinte mil cartas, mantuvo correspondencia con “hombres y mujeres de todas las religiones y sin religión, [que] acudieron a él en busca de iluminación y orientación”. Esta labor de correspondencia, de invertir personalmente en la vida de los demás, Newman sostuvo “como uno de sus trabajos pastorales más importantes”.²⁹

En nuestros días, cuando transmitir la fe parece desalentador, y los enfoques programáticos para la evangelización parecen atractivos, Newman nos enseña la simplicidad y efectividad de la influencia personal. Nos recuerda nuestro deber de llevar el Evangelio a los demás, como lo hizo él, dejando que nuestros corazones, a los cuales Dios ha hablado, hablen a los demás.

Después de haber explorado estas tres cualidades espirituales de buscando, sufriendo y compartiendo, permítanme ahora volver al pensamiento de Newman y presentar tres lecciones adicionales que se ofrecen, recordando los desafíos fundamentales que Newman enfrentó y que no son diferentes a los de nuestro tiempo.

Lección Cuatro: La Verdad Objetiva de la Religión

A lo largo de su vida, Juan Henry Newman insistió en la verdad objetiva de la religión. Al hacerlo, enseñó y defendió lo que la Iglesia siempre ha sabido y creído. En un discurso pronunciado en 1879 en Roma al ser notificado de su ascenso al Cardenato, expresó bien las consecuencias de negar la verdad objetiva de la religión. Newman habló específicamente contra la influencia del liberalismo, es decir, “la doctrina de que no existe una verdad positiva en la religión y que un credo es tan bueno como el otro”. (Hoy, podríamos hablar de relativismo).



El papa emérito Benedicto XVI inciensa el altar durante la misa de beatificación de Newman el 19 de septiembre de 2010 en Birmingham, Inglaterra.

gettyimages
BEN STANSALL

104263462



Santuario de Newman en la Iglesia de la Inmaculada Concepción en el Oratorio de Birmingham en Birmingham, Inglaterra.

Newman entendió la gravedad de tal pensamiento. Para él, podría llevar a uno a decir que “la religión revelada no es una verdad, sino un sentimiento y un gusto; no es un hecho objetivo, no es milagroso; y es el derecho de cada individuo hacer que diga exactamente lo que le apetece”. Tal pensamiento abastece al subjetivismo, y siguiendo esta línea de pensamiento, la religión se convierte en “una peculiaridad tan personal y una posesión tan privada” como irrelevante en interacciones personales y sin relación con la sociedad. En cambio, queda relegado a ser “un lujo privado... que [una persona] no debe obstaculizar a los demás”.³⁰

Newman escribió estas palabras hace ciento cuarenta años; podría haberlas escrito hoy. Para contrarrestar esta tendencia en su tiempo, Newman afirmó, en palabras de San Juan Pablo II, que la religión revelada, “con su contenido de doctrina y moral, es portadora de verdades objetivas que pueden ser conocidas con certeza y aceptadas con gozo y tranquilidad”.³¹ Esto se logró de manera excelente en su libro de 1870, *A Grammar of Assent*, que presentaba la razonabilidad de creer en la verdad religiosa. El gran erudito de Newman, el Padre Charles Dessain, relata el doble objeto de ese famoso trabajo, tal como Newman lo explicó a un compañero Oratoriano: “En la primera parte [muestra] que puedes creer lo que no puedes entender. En la segunda parte, puedes creer lo que no puedes probar absolutamente.”³²

La clara articulación del Cardenal Newman de la

verdad objetiva de la religión es vital para nosotros hoy, viviendo en una sociedad que continúa “construyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo”.³³ Sin la verdad religiosa, la sociedad no tiene timón. Newman lo sabía y deberíamos recordarlo.

Lección Cinco: El Verdadero Significado de la Conciencia

El Cardenal Newman explicó bien nuestra relación personal con la verdad en sus escritos sobre la conciencia. Para Newman, el regalo de la verdad no es inaccesible. Tampoco se descubre mágicamente. Más bien, la verdad se manifiesta a una persona en su conciencia, ese lugar sagrado donde Dios habla. La conciencia es “el eco de la voz de Dios en el corazón del hombre, el pulso de la ley divina que late dentro de cada persona como un estándar de lo correcto y lo incorrecto, con una autoridad incuestionable”. Esta “luz interior de conciencia pone a una persona en contacto con la realidad de un Dios personal”.³⁴ “Es el principio de conexión entre la criatura y su Creador”.³⁵

Hoy, el mundo entiende la conciencia de manera diferente. En lugar de ser visto como un lugar de encuentro con la verdad, se toma como dominio exclusivo del sujeto, como un lugar inviolable donde ninguna influencia externa puede afectar al individuo. Con tal comprensión, la conciencia, desquiciada de la verdad, puede justificar cualquier cosa y desviar a una persona.

El Papa Emérito Benedicto XVI nos recuerda que “el entendimiento de la conciencia según Newman es diametralmente opuesto [a esta opinión]. Para él, la conciencia significa la capacidad del hombre por la verdad: la capacidad de reconocer precisamente en las áreas de toma de decisiones de su vida - religión y moral - una verdad, la verdad”. Esta capacidad de discernir la verdad también “impone [a una persona] la obligación de emprender el camino hacia la verdad, buscarla y someterse a ella donde sea que la encuentre”. Por lo tanto, “la conciencia es tanto la capacidad de la verdad como la obediencia a la verdad que se manifiesta a cualquiera que la busque con corazón abierto.”³⁶

Vemos esta doble dimensión de la conciencia en juego en el propio viaje de Newman. La conciencia lo guió a la verdad y lo llevó a aceptarla: la verdad de un Dios vivo, la verdad del catolicismo. Su testimonio y sus escritos nos recuerdan nuestra obligación de formar nuestras conciencias, comprometer la verdad en ese lugar sagrado donde Dios nos habla y seguir nuestra conciencia sin importar el costo.

Lección Seis: El Papel de la Religión en la Sociedad

La verdad religiosa fue considerada sospechosa en los días de Newman. Fue desestimado porque, como se vio anteriormente, algunos lo percibieron como subjetivo. Visto como una mera opinión, fue relegado al margen de las conversaciones de la sociedad. Newman, sin embargo, no estuvo de acuerdo con tal pensamiento. Conociendo la naturaleza objetiva de la verdad religiosa, se mantuvo firme sobre su papel en la sociedad y en la educación. Aunque no es verificable como esas verdades aprendidas a través de la experimentación científica, Newman entendió que la verdad religiosa todavía hace una contribución vital, principalmente al ofrecer lo que la ciencia no puede. La religión proporciona una imagen completa de la persona: su origen y destino. Precisamente porque propone ideas tan invaluable, Newman comprendió que la verdad religiosa se olvida solo en detrimento de la sociedad.

En los días del Cardenal, la incapacidad de llevar la verdad religiosa a las conversaciones sociales se vio exacerbada por un choque continuo de dos corrientes de pensamiento, específicamente, el racionalismo y el fideísmo. Para explicarlos simplemente, el racionalismo

confiaba exclusivamente en la capacidad humana para razonar. No entretendría la verdad religiosa. El fideísmo, por otro lado, miraba únicamente a la fe. Incorrectamente, desconfiaba de nuestra capacidad de razonar dada por Dios. El Papa Juan Pablo II explica las consecuencias de ambas líneas de pensamiento: “El racionalismo trajo consigo un rechazo tanto de la autoridad como de la trascendencia”, es decir, descartó la creencia de que Dios o la Iglesia podrían articular la verdad, “mientras el fideísmo se convirtió... en un dependencia distorsionada de la autoridad y de lo sobrenatural”.³⁷ En resumen, el racionalismo era demasiado de este-mundo en su perspectiva, mientras que el fideísmo era demasiado del otro-mundo.

Newman abogó por un término medio. Promovió la posición católica, a saber, que existe una relación entre la fe y la razón. Para él, la fe y la razón eran, en palabras del Papa Juan Pablo II, “como dos alas sobre las cuales el espíritu humano se eleva a la contemplación de la verdad”.³⁸ Por lo tanto, según Newman, deben tomarse juntas para asegurar que la plenitud de la verdad afecte los problemas y desafíos de la sociedad. La fe y la razón juntas ayudan a la sociedad a evitar cualquier solución reductiva o utilitaria. Especialmente

Una vista de la capilla privada de Newman en el Oratorio de Birmingham. Sus habitaciones y capilla no han sido tocadas desde su fallecimiento. Una imagen de San Francisco de Sales cuelga sobre el altar. El lema de Newman, Corazón habla a Corazón, está tomado de los escritos del santo.



103340783

en el ámbito de la educación, Newman “buscó lograr un ambiente educativo en el que la formación intelectual, la disciplina moral y el compromiso religioso se unieran”.³⁹ Buscó un lugar de aprendizaje donde las verdades de la fe y la razón prevalecieron correctamente. En nuestros días, hacemos bien en recordar la síntesis de Newman y expresar las verdades religiosas que conocemos en las conversaciones importantes que pertenecen a la sociedad y la educación.

Estas tres lecciones del pensamiento de Newman, junto con las tres extraídas de su vida espiritual, nos iluminan a quienes estamos llamados a seguir el camino de la santidad e imbuir al mundo con la verdad de Dios. El Cardenal Newman no solo nos recuerda la necesidad de buscar la verdad, estar preparados para sufrir por ella y compartirla con otros, sino que también nos muestra que lo que creemos es objetivamente verdadero, accesible a través del uso adecuado de la conciencia e imperativo para compartir por el bien de la sociedad.

IV. NUESTRO LLAMADO A LA SANTIDAD

Los santos, como San Juan Henry Newman, nos inspiran. Interceden por nosotros y nos recuerdan lo que estamos llamados a ser, es decir, santos como ellos. A pesar de lo que podríamos pensar en nuestras propias perspectivas de santidad, especialmente cuando nos enfrentamos a nuestras debilidades y limitaciones, los santos “nos dicen que es posible... tomar [el] camino” de la santidad.⁴⁰ Nos estimulan. En su testimonio, revelan noticias maravillosas: la voluntad de Dios es nuestra santidad (cf. 1 Tes. 4:3).

Cuando me instalaron como Obispo del Rockville Centre el 31 de enero de 2017, en la fiesta de San Juan Bosco, destacué nuestro llamado común a la santidad. Lo vuelvo a decir ahora: “Tú y yo estamos llamados a ser hombres y mujeres de comunión y misión. Estamos llamados a ser santos”.⁴¹ Desde el momento en que proclamé esas buenas noticias, nunca me he cansado de repetir las. Desde Malverne hasta Montauk, desde Port Jefferson hasta Patchogue, en todas mis visitas pastorales, ha sido un placer anunciar el objetivo de la vida: la santidad.

Igualmente gozoso ha sido el ser testigo del esfuerzo diario por la santidad que ocurre en Long Island, la santidad que observamos en “nuestros vecinos de al lado, aquellos que, viviendo en medio de nosotros, reflejan la presencia de Dios”.⁴² Alabado sea Dios por las formas en que nosotros en los condados de Nassau y Suffolk cooperamos con su gracia y obtenemos pequeñas victorias en la búsqueda de la santidad. Gracias a Dios por esos momentos cuando rechazamos el pecado, practicamos la caridad, aceptamos

el misterioso poder de la Cruz y corremos la carrera de esta vida con los ojos fijos en el Rostro de Jesús. En esos momentos, estamos creciendo cerca de Dios y transformando el mundo que nos rodea.

Hacemos bien en recordar esta verdad: la santidad no es para unos pocos. Su llamado es universal. Nos invita a usted y a mí. Dios desea nuestra amistad, y ofrece toda la ayuda para cultivarla. Por lo tanto, mientras nos esforzamos diariamente en nuestro viaje para ser “santos entre los santos en los pasillos del cielo”,⁴³ continuemos participando de los sacramentos, oremos con la Palabra de Dios, practiquemos las obras espirituales y corporales de misericordia, cultivemos una vida devocional, y permanezcamos cerca de la Santísima Virgen María y todos los santos. A medida que avanzamos por el camino de la santidad, las envalentonadas palabras del Papa Francisco deben permanecer ante nosotros: “No temas a la santidad”.⁴⁴ Su llamado es un regalo, como lo fue para San Juan Henry Newman.

CONCLUSIÓN

“Los santos nos sorprenden, nos interpelan porque con sus vidas nos instan a abandonar una mediocridad aburrida y lúgubre”.⁴⁵ Estas palabras del Papa Francisco suenan verdaderas para todos los santos, y se aplican a San Juan Henry Newman. Su vida dramática, llena de giros y vueltas, pero constante en su búsqueda de la verdad, nos anima a buscar la santidad para la que estamos hechos. Nos despierta de la mediocridad.

Newman eligió una frase latina para su epitafio: *ex umbris et imaginibus in veritatem*. Traducido significa, “de sombras e imágenes a la verdad de las cosas”. Como hemos visto, Newman vivió esta frase a lo largo de su vida mientras buscaba al Señor y lo seguía valientemente cuando lo llamaba, moviéndose todo el tiempo fuera de las sombras. Grabado en su lápida, da testimonio de lo que Newman entendió, que conocer a Dios por completo solo sucedería en la vida venidera. Esta es la vida que ahora vive, disfrutando de la verdad y disfrutando para siempre de la “luz amable” que lo llevó a lo largo de su peregrinación terrenal.⁴⁶

Que San Juan Henry Newman, ahora fijo entre esa “gran nube de testigos” nos ayude. De una manera especial, que nos ayude en nuestras vidas espirituales a buscar la verdad, aceptar sufrimientos y compartir nuestra fe desde el corazón. Desde su lugar dando “alabanzas al Santísimo en las alturas”,⁴⁷ que él nos inspire a reconocer la verdad, orientar nuestra conciencia hacia ella e imbuir las conversaciones de la sociedad con ella. Finalmente, que San Juan Henry Newman nos enseñe a orar estas hermosas palabras que él escribió y él mismo oró, para que podamos crecer en

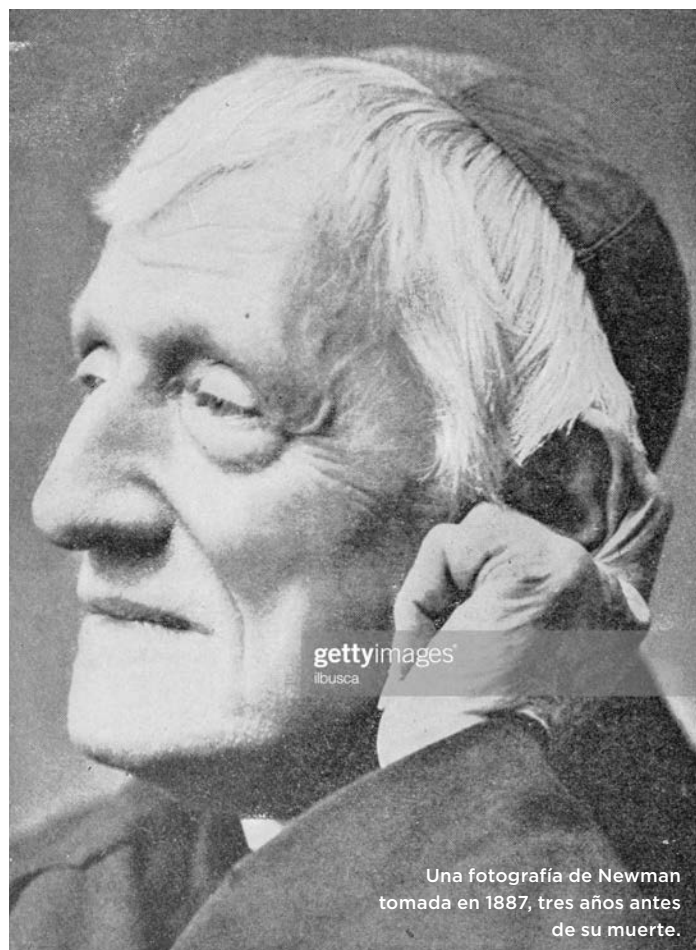
santidad y servir fielmente el llamado de Cristo de un dramático crecimiento misionero en Long Island y más allá:

Quédate conmigo, y entonces comenzaré a brillar como Tú brillas: para brillar y ser una luz para los demás. La luz, oh Jesús, será toda de Ti. Nada de eso será mío. Sin mérito para mí. Serás Tú quien brille a través de mí sobre los demás. Oh, permíteme alabarte, de la manera que más amas, al brillar sobre todos los que me rodean. Dales luz a ellos tanto como a mí; enciéndelos conmigo, a través de mí. Enséñame a mostrar Tu alabanza, Tu verdad, Tu voluntad. Haz que Te predique sin predicar, no con palabras, sino con mi ejemplo y con la fuerza de arrastre, la influencia comprensiva de lo que hago, por mi semblanza visible con Tus santos y la evidente plenitud del amor que mi corazón siente por Ti.⁴⁸

San Juan Henry Newman, ¡ruega por nosotros!

Sinceramente suyos en Cristo,

Reverendísimo John O. Barres
Obispo de Rockville Centre



Una fotografía de Newman tomada en 1887, tres años antes de su muerte.

- 1-Misal Romano Prefacio II de los Santos Misal Romano *Prefacio II de los Santos*
- 2-Papa Benedicto XVI, *Audiencia General*, 13 de abril de 2011. (Todas citas papales pueden conseguirse en línea www.vatican.va)
- 3-Ver Papa Francisco, Exhortación Apostólica, *Gaudete et Exultate*, 32-34.
- 4-Papa Juan Pablo II, Carta Encíclica, *Redemptor Hominis*, 10.
- 5-Ver Papa Francisco, *Gaudete et Exultate*, 25-31.
- 6-Papa Benedicto XVI, *Entrevista Durante un Vuelo al Reino Unido*, 16 de septiembre de 2010.
- 7-Juan Henry Newman, *Apología Pro Vita Sua* (1864; reprint, New York: Doubleday, 1989), 125.
- 8-Papa Benedicto XVI, *Carta con Motivo del Simposio Organizado por el Centro Internacional de Amigos de Newman*, 18 de noviembre de 2010.
- 9-Newman, *Apología pro Vita Sua*, 127
- 10-Papa Benedicto XVI, Carta Encíclica, *Deus Caritas Est*, 1.
- 11-Juan Henry Newman, *Ensayo sobre el Desarrollo de la Doctrina Cristiana*, 6ta Edición (1878; reimprimido, Notre Dame: Universidad de Notre Dame Press, 1989). 8.
- 12-Papa Juan Pablo II, *Homilía en la Chiesa Nuova*, 26 de mayo de 1979.
- 13-*The Times* de Londres, "Muerte del Cardenal Newman" 12 de Agosto de 1890
- 14-Ver Juan Henry Newman "Meditaciones sobre Doctrina Cristiana: Esperanza en Dios - Creador," *Oraciones, Versos y Devociones* (San Francisco: Ignatius Press, 2000), 338.
- 15-Ver Papa Juan Pablo II, *Carta en el Centenario de la Elevación de Newman al Cardenalato*, 7 de abril de 1979
- 16-Esta cita es del famoso *Discurso Biglietto* de Newman que dio el 12 de mayo de 1879, cuando fue formalmente notificado que sería hecho un Cardenal. El discurso fue republicado en el periódico del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, el 14 de abril de 2010, donde podrá encontrar esta cita en la página 9.
- 17-Avery Dulles, *Juan Henry Newman* (New York: Continuum, 2009), vii.
- 18-Papa Pablo VI *Discurso a los Participantes en el Simposio Académico Cardinal Newman*, 7 de abril de 1975.
- 19-Papa Juan Pablo II *Discurso a los Participantes en el Simposio Académico Organizado para Conmemorar el Centenario de la Muerte del Cardinal Juan Henry Newman*, 27 abril de 1990.
- 20-Papa Benedicto XVI, *Homilía de la Misa de la Ordenación Episcopal de Cinco Arzobispos*, 5 de febrero de 2011.
- 21-Papa Benedicto XVI, *Asamblea General*, 22 de septiembre de 2010.
- 22-Papa Benedicto XVI, *Discurso en la Vigilia de Oración en la Víspera de la Beatificación de Newman*, 18 de septiembre de 2010.
- 23-Papa Juan Pablo II, *Carta en el Segundo Centenario del Nacimiento del Cardenal Newman*, 22 de enero de 2001
- 24-Juan Henry Newman, *Loss and Gain: The Story of a Convert* (Londres: Longmans, 1906), 354.
- 25-Según lo citado por el Papa Benedicto XVI, *Saludos Navideños a la Curia Romana*, 20 de diciembre de 2010.
- 26-Papa Juan Pablo II, *Homilía de la Misa de Ordenación Sacerdotal en Dar-es-Salaam*, 7 de septiembre de 1990
- 27-Ver. Juan Henry Newman, "Influencia Personal, los Medios de Propagación de la Verdad", *Quince Sermones Predicados frente a la Universidad de Oxford* (Londres: Longmans, 1906), 92.
- 28-Papa Benedicto XVI, *Discurso en la Vigilia de Oración en la Víspera de la Beatificación de Newman*, 18 de septiembre de 2010.
- 29-Charles S. Dessain, *Juan Henry Newman*, 3ra edición (Oxford: Oxford University Press, 1980), 163-164.
- 30-Juan Henry Newman, *Discurso Biglietto* Ver nota 17
- 31-Juan Pablo II, *Carta en el Primer Centenario de la Muerte de Newman*, 18 de junio de 1990
- 32-Dessain, *Juan Henry Newman*, 148
- 33-Cardenal Joseph Ratzinger, *Homilía en la Misa para la Elección del Pontífice Romano*, 18 de abril de 2005
- 34-Juan Pablo II, *Carta en el Primer Centenario de la Muerte de Newman*, 18 de junio de 1990
- 35-Dessain, *Juan Henry Newman*, 149
- 36-Papa Benedicto XVI, *Saludos Navideños a la Curia Romana*, 20 de diciembre de 2010.
- 37-Papa Juan Pablo II, *Carta en el Segundo Centenario del Nacimiento del Cardenal Newman*, 22 de enero de 2001.
- 38-Papa Juan Pablo II, Carta Encíclica, *Fides et Ratio*, Introducción.
- 39-Papa Benedicto XVI, *Homilía para la Beatificación de Juan Henry Newman*, 19 de septiembre de 2010
- 40-Papa Benedicto XVI, *Audiencia General*, 13 de abril de 2011.
- 41-Obispo John O. Barres, *Homilía en la Misa de Instalación como Obispo de Rockville Centre*, 31 de enero de 2017.
- 42-Papa Francisco, *Gaudete et Exultate*, 7.
- 43-Misal Romano, *Oración Eucarística para la Reconciliación I*.
- 44-Papa Francisco, *Gaudete et Exultate*, 32.
- 45-Papa Francisco, *Gaudete et Exultate*, 138.
- 46-Juan Henry Newman, "El Pilar de una Nube" *Oración, Versos y Devociones*, 572.
- 47-Juan Henry Newman, "El Sueño de Gerontius", *Oración, Versos y Devociones*, 712.
- 48-Juan Henry Newman, "Meditaciones sobre Doctrina Cristiana: Jesus, Luz del Alma" *Oración, Versos y Devociones*, 389-390.



DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE

Most Reverend John O. Barres, Bishop, Diocese of Rockville Centre
50 North Park Avenue, Rockville Centre, New York 11571-9023
Ph: 516.678.5800 | www.drvc.org

Produced by the Office of Communications (October 2019)


**Diocese of
Rockville
Centre**

DRVC.org

**Catholic Faith Network
(Optimum 29/137,
Verizon FiOS 296, and
Charter Spectrum
162/471)**

www.cfntv.org

LICatholic.org


[@RVCDiocese](https://twitter.com/RVCDiocese)